

para pasar á Italia; tuvo una navegacion muy feliz; hizo su súplica, esponiendo todos los motivos que la autorizaban, y fue recibido en la compañía por el general, el cual quiso llevarle por sí mismo al noviciado. Despues de los dos años de probacion y de los estudios convenientes á las funciones que habia de desempeñar, recibió los sagrados órdenes, y marchó con dos compañeros jóvenes á las misiones de levante, donde se presumia que seria mas útil por el conocimiento que tenia del país.

Se embarcaron todos tres en un navío que pretendia arribar á Seide ó á Tripoli; pero la Providencia que siempre habia conducido á Lambert por caminos ocultos, permitió, continuando del mismo modo, que la nave fuese arrojada por una tempestad á las costas inmediatas á Antura. Al ver los habitantes del país un navío que habia llegado á una playa sin puerto ni comercio, le tuvieron por pirata, y sin consultar mas que su preocupacion se apoderaron de los tres misioneros y de algunas otras personas que iban en su compañía, y los condujeron á casa del comandante del país. Este oficial, llamado Abumanfel, preguntó á Lambert y á sus dos compañeros. Le dijeron con sencillez lo que eran, y le mostraron las patentes de su general, que los declaraban religiosos de la compañía de Jesus enviados á las misiones de Siria.

34. No tardaron en tranquilizarse sus ánimos. Abumanfel, que era el maroníta mas rico y mas distinguido de las montañas del Anti-Líbano, era tambien

el cristiano mas virtuoso y el mas celoso católico (1). Aunque habia nacido en una clase ordinaria, en medio de los bárbaros y bajo el yugo de la tiranía, tenia su alma una elevacion digna del trono. Su talento superior sabia dar á Dios lo que era de Dios, al César lo que era del César, y servir tambien á las potencias extranjeras sin causar jamás ningun recelo á la Puerta Otomana. Así, con anuencia, y aun con aplauso del Gran-Señor, le suplicaron los venecianos que fuese su cónsul, y le dió tambien Luis XIV el consulado de la nacion francesa. El Príncipe de los drusos, á pesar de la enorme diferencia que habia entre su cristianismo y el de Abumanfel, le reverenciaba como á su padre; le oia como á su oráculo, y le dejaba el cuidado de hacer justicia á los cristianos del país. Pero aunque el Príncipe le habia establecido juez de su pueblo, trataba á todos con amor paternal, y tuvo siempre el secreto de conservar la autoridad sin hacerla gravosa, y de hacerla amable sin debilitarla. Honrado por los mayores potentados, renovaba en oriente la noble sencillez de los primeros patriarcas y la hospitalidad generosa del Padre de los creyentes. Tenia mesa franca, no solo para las personas considerables del país, sino para extranjeros desconocidos; para todos los pasajeros, y sobre todo para los pobres, á quienes trataba como si fuesen sus hijos. Les salia al encuentro; los buscaba con cuidado y con cierta inquietud; se informaba de todas sus necesidades, y colocaba en el número de los dias aciagos

(1) *Cart. edif. t. 2. p. 283. &c.*

los que no habian suministrado ningun egercicio á su caridad. Es inesplicable su sensibilidad en todas las cosas que interesaban á la Religion. No podia oir, sin derramar lágrimas, las violencias que de cuando en cuando egercian los mahometanos brutales; y cuando alguno se admiraba de ello, decia: „A todos los cristianos los tengo en mi corazon. ¿Será posible hacerles alguna herida, sin que me hieran á mí mismo? A pesar de la distancia de los lugares, siento yo todos los golpes que se descargan sobre ellos en el baño de Constantinopla.” Tales son los corazones que forma todavía la gracia del cristianismo en los parages en que al cabo de tantos siglos se hace todo lo posible por destruirle.

Además de las virtudes, habia dotado el cielo á Abumanfel de todo el talento necesario para proteger la verdadera Religion en medio de los lazos de que estaba rodeada, y para conservar su propia vida hasta la avanzada edad en que la coronó con una muerte santa y apacible. Como en todas partes era tenido por protector de los cristianos, rara vez se apartaba de las montañas por no caer en manos de algunos turcos fanáticos. Sin embargo, un caballero poderoso de esta nacion tuvo la curiosidad de ver á un cristiano tan célebre, y le envió un espreso suplicándole que acudiese á un parage que él le señalaba. Abumanfel, como hombre de talento, lo tomó á chanza, se escusó cortesmente, y dió al enviado la carta que sigue.

„Señor, solo podeis tener deseo de verme, porque

no me conozeis. Pero yo que me conózco bien, no debo desear que me vean, y seguramente no merezco el honor que quereis dispensarme. A pesar de esto, me lisongea tanto vuestro convite, que á falta de un personage que tanto se os ha elogiado, quiero á lo menos presentaros su retrato pintado al natural. Mi estatura es un poco mas que regular; tengo la cabeza abultada, la frente espaciosa, los colores vivos, barba poblada, nariz corta y gruesa, pero dicen que no me afea: ojos bastante espresivos, y no falta quien asegura que mis miradas suelen ser terribles. En una palabra, los que quieren adularme dicen que mi presencia y aire de cuerpo tienen cierta magestad. Lo que yo puedo deciros es, que me parezco mucho á ciertos personages que se ven en las medallas mohosas, ó en los tapices viejos. Juzgad ahora, Señor, si debeis tener curiosidad de ver á un hombre semejante, ó á lo menos si este hombre debe hacer diligencias para ser visto. Uno y otro perderíamos mucho si tuviese efecto la cita.”

Con este grado de inteligencia comprendió fácilmente Abumanfel que los que tenian por corsarios eran misioneros que le enviaba la Providencia: y para cooperar á sus designios, resolvió establecer una mision entre los maronitas de las montañas, que con dificultad podian participar de los frutos de las demás misiones. Les dió un terreno en sus propias posesiones, esto es, en la parte del Líbano, llamada Kesroan, en la aldea de Antura, situada entre la ciudad de Bérito, y la antigua Gibail, en que se

labraban las maderas de cedro que Hiram, Rey de Tiro, dió á Salomon para el templo de Jerusalem. Les cedió un sitio espacioso para capilla, una casa con jardin, é hizo todos los gastos de construccion. Antura significa en arábigo manantial de agua de roca, y se llama así porque está cerca de un monte pedregoso, de donde brota una fuente abundante que fertiliza toda la comarca. El establecimiento de esta mision proporcionó unas ventajas considerables. Como el aire era muy sano, contribuia mucho al restablecimiento de los misioneros despues de sus viages penosos por las montañas. Pero lo mas principal es, que aquel país, casi todo cristiano católico, ofrecia un asilo seguro contra las persecuciones que se suscitaban en los contornos. Los mahometanos, que despues de haber abrazado el cristianismo, no podian menos de esperar el último suplicio si permanecian en los parages llanos y despejados, encontraban allí por lo menos un refugio provisional hasta que se les trasladase á otros dominios.

35. Aun los cristianos de Europa cogian allí, en caso necesario, los frutos de la caridad que de aquellos fervorosos maronítas, á egemplo de los primeros fieles, formaba un solo corazon y una sola alma (1). De este número fue una holandesa católica, cuyas aventuras se tendrian por fabulosas, si no las refiriesen los mas graves misioneros, los cuales fueron testigos de ellas, y en particular el célebre padre Nachi,

(1) *Cart. edif. t. 1. p. 255. &c.*

maroníta, que por su mérito estraordinario fue nombrado superior general de las misiones de Siria y Egipto. Un turco jóven, natural de Damasco, cautivado en el mar por los malteses, pasó á servir á un caballero español, que le cobró cariño; cuidó de que le instruyesen en la fe, y su buen trato le movió á hacerse cristiano. Ocho ó diez años despues marchó con él á la guerra de Flandes, y como el turco mostrase escelentes cualidades, y en especial las que son propias de la profesion de las armas, consiguió su amo, que era ya su amigo y su afectuoso protector, que se le diese una compañía de caballería. Al fin de la campaña, el nuevo capitán, que tendria unos veinticinco años, fue á Bruselas á pasar allí los cuarteles de invierno. La reputacion de su buena conducta, su talento y sus buenos modales, le facilitaron la entrada en las mejores casas, y contrajo una amistad íntima con una señora católica de Amsterdam que habia ido con su hija á pasar algun tiempo en Bruselas. Luègo que le pareció que habia grangeado su estimacion, pidió la hija en matrimonio, y la consiguió. Vivieron juntos los dos esposos por espacio de diez años, al cabo de los cuales tuvieron un hijo.

Entonces el pérfido marido, que era reputado por español, manifestó confidencialmente y con mucho secreto á su muger, que era muy piadosa, un deseo ardiente de emprender la peregrinacion de la Tierra-santa, prometiéndola que la llevaria despues á España á ver su familia, y á tomar conocimiento de las haciendas que fingia poseer en este reino. Concertaron

de tal manera su embarco con el patron de un navío holandés que pasaba á Italia, que la madre de la esposa engañada no lo supo hasta despues que salieron. Entretanto el navío que llevaba al padre, á la madre y al hijo fue encontrado por unos berberiscos en las costas de África. El supuesto español, con pretesto de libertar á su muger de un insulto, pidió que se le permitiese hablar con su comandante: pasó á su bordo; le refirió sus aventuras, y le convenció de que su designio era volver á entrar en su verdadera pátria, para practicar con libertad la religion de sus padres. Vuelve á su esposa; la dá á entender que llegarán mas pronto á Jerusalem mudando de navío que yendo con el holandés á Italia, y logra que le siga á pesar de su repugnancia y del secreto presentimiento que tenia de sus desgracias. Llegó hasta Argel sin saber lo que seria de ella. Pero en esta ciudad, y á proporcion que iba acercándose al término del viage, en Alejandria y en Alepo, adquirió mas noticias. A pesar de los miramientos y de todas las precauciones de su marido, descubrió que solo trataba con los musulmanes; que hacia oracion con ellos, y que iba secretamente á las mezquitas. En fin, conoció que era muger de un turco, desgraciada para siempre, léjos de su pátria, y reducida á pasar el resto de sus dias entre unos bárbaros, cuyas costumbres, usos y religion la llenaban de horror. El falso español la confesó su nacimiento, su religion, el motivo de su salida de Europa y de su fingida peregrinacion á Jerusalem; pero como la amaba

tiernamente, la protestó que nunca la incomodaria por las prácticas del cristianismo; que solo trataria de hacerla feliz, y que tendria abundantes medios para ello en el lugar de su nacimiento, donde iba á entrar en posesion de grandes bienes.

La infeliz holandesa, sin poder proferir ni una palabra, se abandonó interiormente á la divina Providencia, y se dejó conducir por aquel indigno esposo, que en vano hacia las mayores diligencias para agradarla y para mitigar sus penas. Para que nada faltase á su miseria, habiendo corrido la voz de que el falso español llevaba consigo gran porcion de oro y plata, fue asesinado en la ciudad de Alepo. Aquel que nunca desampara á las almas fieles, no dejó á ésta destituida de todo socorro. Unas mugeres maronitas, que llegaron del monte Líbano, adonde habian de volver muy pronto, la propusieron que se fuese á vivir con ellas á aquel país, que era casi todo católico, donde practicaria su religion con toda libertad, y nada la haria falta á ella y á su hijo. En aquella situacion cruel abrazó con accion de gracias el recurso que la presentaba el cielo, y llegó con sus caritativas compañeras á la aldea de Antura, donde este buen pueblo hizo todo lo posible para que se olvidase de sus tristes aventuras. Una viuda piadosa, y de las mas acomodadas, la recibió en su casa, y cuidó de ella constantemente con el mayor esmero. La europea por su parte edificó á todos con una piedad angelical y con la mas egemplar conducta. Hablaba de sus desgracias con una resignacion que

hacia llorar á cuantos la oían. Despues de haber pasado así algunos años, se presentó ocasion y compañía conveniente para volver con su hijo al seno de su familia, y así los misioneros como los fervorosos maronitas la suministraron todo lo que necesitaba para hacer cómodamente su largo viage.

36. En aquella amable nacion, en aquel dulce asilo de la inocencia y de la sencillez primitiva, además de estas virtudes pacíficas, habia tambien almas fuertes y capaces de las mayores cosas (1). Una muger, bien nacida, llamada Josefa Vonni, se habia visto reducida por la calamidad de los tiempos y de las circunstancias á refugiarse en una aldea inmediata á Seide. Era muy anciana, estaba muy enferma, y su cuerpo se cubrió de úlceras en tales términos, que solo con tocarla ligeramente se la causaban unos dolores intolerables. Su estremada pobreza la privaba de todas las comodidades de la vida. En una palabra, el rigor de su suerte fue como se necesitaba para manifestar la maravilla de su paciencia y de su tranquilidad inalterable en los mas violentos dolores. Reinaba perpétuamente en su cara una dulce serenidad, y estaba siempre de un humor tan igual, que parecia que su cuerpo era incapáz de padecer.

Entre las vecinas que iban á consolarla, ó por mejor decir, á admirarla ó á edificarse, habia una jóven de diez y ocho á veinte años, hija de padres musulmanes y criada en sus errores groseros; pero tenia

(1) *Ibid.* p. 231. &c.

el corazon puro y recto, y enamorada de las virtudes que descubria en la enferma, llegó á ser una de las que mas la acompañaban. Hallándose un dia sola con esta enferma: „¿Cómo es (la dijo) que hallándoos siempre atormentada de los mas crueles dolores, no os quejais nunca, antes bien mostrais una alegría inalterable?“ „Consiste (respondió la maronita) en que no soy yo sola la que lleva todo el peso de mis tormentos. El Dios á quien adoro, y que es el único digno de ser adorado, me sostiene con su gracia y me da á entender que mis penas me hacen agradable á sus ojos. Infinitamente mas padeció él por la salvacion de mi alma; pero vos teneis la desgracia (añadió) de ignorar estas verdades consolatorias, aunque teneis tanta parte como yo en sus tormentos.“ „¿Pues quién es ese Dios que ha padecido por mi (replicó la jóven)? Yo quiero conocerle.“ „Os lo diré cuando gusteis (replieó la maronita).“ Admirada de este discurso la musulmana, volvió muchas veces á conferenciar con la enferma, la cual la instruyó en todos nuestros augustos misterios y en las principales verdades del cristianismo.

En este intervalo se presentó un casamiento ventajoso para la jóven infiel. Le aceptó su padre, empeñó su palabra y le propuso inmediatamente á su hija como un asunto concluido que debia egecutarse sin réplica. La hija se valió de todas las razones que pudo imaginar para hacer que variase de resolucion; pero el padre, que tenia grande interés en que se verificase este enlace, y miraba la resistencia de su hija

como una deshonra para él y como una rebelion contra la autoridad paternal, despreció todas sus reflexiones, instancias y lágrimas. La única respuesta que la dió fue amenazarla con que la echaria de casa y la abandonaria para siempre si no obedecia al momento. Un tio suyo, á quien recurrió manifestándole una repugnancia invencible al matrimonio, hizo cuanto pudo para mover al padre á que no violentase la voluntad de aquella hija que era la primogénita, y casase en su lugar á la segunda. Durante esta especie de negociacion, la vírgen valerosa, despues de haber recibido el bautismo con el nombre de María Teresa, iba frecuentemente y con mucho secreto á dar cuenta de todo lo que pasaba á la maronita que acababa de instruirla. La santa enferma la confirmó en sus resoluciones; la enseñó la práctica de las virtudes mas á propósito para la situacion en que se hallaba, y la dió á entender el valor de las persecuciones, y de la misma muerte padecida por Jesucristo.

Su padre, que por espacio de algunos dias la habia dejado quieta con el objeto de darla tiempo para que lo pensase mejor, se puso furioso cuando vió que todo habia sido inútil, y tomó desde luego el partido de casar á su hija menor, con un aparato que creia él que habia de causar una pesadumbre mortal á la mayor, que era ya objeto de su ódio; pero aumentándose cada dia mas y mas la aversion con que la miraba, mandó, estando algunas personas tomando café en su casa, que diesen una taza envenenada á la recien cristiana, la cual murió así mártir de la virginidad y

de la Religion que se la hacia tan apreciable. No contento con esto, mandó que arrojasen el cuerpo en un pozo. Dicen que tomando el cielo por su cuenta la venganza de la virtud y de la naturaleza tan horriblemente ultrajada, murió de repente el turco inhumano pocos dias despues de su delito.

37. Hubo obispos y patriarcas que, á egemplo de esta doncella magnánima, abandonaron un cisma tan reprehensible como la infidelidad, abrazaron la fe católica y padecieron los mas indignos tratamientos por haberla profesado con tanta solemnidad y perseverancia (1). El patriarca de Alepo, Ignacio Pedro, recibió ochenta palos en las plantas de los pies, y despues le pusieron en una estrecha prision con el arzobispo de la misma ciudad, Dionisio Reskallaz. Salieron de allí para pasar al castillo de Adané, donde fueron encerrados por toda su vida en un calabozo espantoso. El arzobispo murió al momento de resultas de los trabajos del camino, y el patriarca vivió algunos meses mas, pero con enfermedades continuas y con incomodidades mas dolorosas que la misma muerte. Antes de espirar renovó en los términos mas espresivos su profesion de fe, declarando que se ponía á los pies del sucesor de San Pedro, y que moriria hijo de la Iglesia católica, apostólica romana.

Despues de este martirio, y por la virtud que le fue comun con los de los primeros tiempos de la

(1) *Ibid.* p. 183. &c.